

Liborio E. Briebea
"Mis visitas a la Esposición
Internacional de Chile en
1875"

Santiago: Imprenta Franklin,
1875

Briebe, Liborio E.

Mis visitas a la Esposición Internacional
de Chile en 1875.

Santiago 1875

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

1996

MICROFILMADO POR BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE.

MIS VISITAS

A LA

ESPOSICION INTERNACIONAL DE CHILE EN 1875

POR

LIBORIO E. BRIEBA,



SANTIAGO:

IMPRENTA FRANKLIN, INSTITUTO 26 C.

1875

MIS VISITAS A LA ESPOSICION.

1.ª VISITA.

No volvió Eneas de los infiernos contando mas maravillas que las que un simple mortal i aun un mortal simple puede contar despues de una visita a una Esposicion del siglo diezinueve.

Virjilio habria roto el mejor canto de su poema, estoi seguro, al ver que sus soñados Campos Elíseos quedaban mui atras de la realidad en los tiempos que corren.

Con solo cinco centavos atravesais hoi la laguna Estijia, en un *transvia* que no os mareará tanto como la carcomida barca del viejo Caron.

Ni necesitais la lira de Orfeo para adormecer al Cancerbero, pues el siglo diezinueve ha inventado una música mas persuasiva i melodiosa que la de los mismos dioses: el dinero.

Los cancerberos de la Esposicion os dejan entrada franca mediante otra moneda diez veces mas elocuente que la que habeis pagado en el tránsito.

Empujais entónces con vuestras piernas un pequeño torno de fierro destinado a marcar el número de visitantes, i

heos ahí dueños de dirigir vuestros pasos a donde mejor os convenga o a donde vuestra curiosidad os lleve.

No temais perderos en ese laberinto de maravillas, que la salida se os indica en letras grandes por diferentes partes para ahorraros atar un hilo de Ariadna a la puerta.

Es indudable que yendo por primera vez os habreis de dirigir al gran palacio de la industria, que divisais casi al frente, oblicuando un tanto a la izquierda: pero seguramente no lo hareis sin tender vuestras miradas al rededor.

Saludad primero la estatua de Valdivia, hermoso monumento de mármol que os sale al paso, i que a su vez parece saludaros con la cabeza inclinada i la majestad de un héroe.

No tenemos necesidad de decirlo, pues harto se ha dicho, que su actitud no será impropia cuando esté colocada en el Santa Lucía, semejando contemplar la ciudad de Santiago.

Desde el pié de la estatua, divisais al frente un hermoso laberinto de jardines en cuyo centro hai un lago de caprichosa figura con preciosas cascadas, fuentes, botes i cuanto la imaginacion puede apetecer para semejantes lugares.

Pero ya os he dicho, despues os aventurareis en los tortuosos caminos que conducen a su orilla: ahora mirais a la ligera solamente, porque teneis prisa de entrar a los palacios, donde se dirige toda la concurrencia.

Acariciais, pues, solo con una ojeada los preciosos kioskos diseminados acá i allá: a vuestra derecha el pequeño i gracioso anexo Cauquenes; inmediato a él, un tanto mas allá, el famoso tonel de don Teodoro Schrader, coronado de mesas i sillas que jamas están desocupadas; en seguida, allá, del otro lado del lago, El Cosmopolita, elegante *restaurant*; la Patagonia, pabellon de refrescos, i por fin, los antiguos

edificios de la Quinta Normal de Agricultura, que limitan vuestra vista por el poniente.

Caminando hácia el gran palacio, dejais a la espalda el Restaurant internacional, i veis a vuestra derecha la gran calle que conduce a los anexos, i cuyo costado de oriente ocupa el gran salon de Rose-Innes.

Seguis, no sin sentir en vuestro rostro la fina lluvia que el viento arrebatada a los surtidores de una fuente, i os encontráis en el pabellon de los festivos, frente al gran palacio.

Las bandas de música ocupan un tercio de su estension: lo demas está lleno de visitantes: nos ha tocado un dia de festival. Tanto mejor. ¡Qué importa que haya jente! A la Esposicion se va a ver, i nadie os dirá nada porque os abismais delante de cualquier objeto. No sería lo mismo si se tratara de una vidriera de la calle del Estado; pues no faltaria un pillo que se aprovechara de vuestra distraccion, un petimetre que os flechara el lente con maligna sonrisa o un corredor de comercio que os llevara las narices sin ceremonia alguna.

Podeis, pues, pararos en medio de toda aquella jente, que de antemano se ha escojido un buen lugar para no perder un solo acorde de la música. I sin embargo, solo son las doce, i el festival principia a las dos de la tarde.

En dos horas tenemos tiempo para curiosear de sobra.

Seguidme sin deteneros a contemplar tanta bella jóven que con sus vestidos de falda ajustada parecen querer convertirse en silfides: no las mireis, por que os olvidariais del palacio de la esposicion i de cuanta maravilla encierra. Sin pagar cincuenta centavos podeis ver jóvenes hermosísimas en todas las calles de Santiago.

Mirad, sí, la estatua de la República en el centro del pabellon: su rostro airado en el momento en que alza el tricolor i empuña el arma con que va a defender su libertad, parece decir ¡atras! a los que se atreven a contradecirla.

En marcha: pasemos por entre la Poesía i la Música, dos estatuas de mármol, tamaño natural, colocadas a la salida del pabellon, vueltas hácia el frente del palacio, como lo estamos nosotros, pues a él nos dirigimos.

Os sentis pequeños ¿no es verdad? al levantar vuestro pié sobre la primera grada de mármol del grandioso vestíbulo.

Nada! pensad que habeis adormecido al Cancerbero con vuestros cincuenta centavos, i teneis derecho de hollar con vuestras plantas aquel pulido pavimento.

Tirad vuestro cigarro ¡qué diablo! aun cuando sea un *par-tagas* que os haya costado otros cincuenta centavos: ¿no veis como por todas partes os dicen en letras gordas: **ES PROHIBIDO FUMAR?**

Ya estamos adentro: teneis al frente el salon de honor i sus galerías laterales, todo ocupado por la Alemania, que así como ha llenado el mundo con el nombre de su colosal victoria, trata de llenarlo con sus manufacturas a precios sin competencia.

Dejad para otro dia los salones que os llaman a derecha e izquierda con el esplendor de sus tapicerías i el primor artístico de sus bronce.

Venid adelante: pero no pretendais deteneros por ahora en cada objeto, si quereis ir en mi compañía. Yo no tengo tiempo para perderlo en minuciosidades: mirarémos lo que encontremos al paso, i en otra ocasion os prometo daros gusto.

Mirad esos dos armarios cubiertos de relojes de sobremesa, de mil figuras, a cual mas elegante.

Veo que os llama la atencion el mas humilde, a causa del balancin en cuyas estremidades se columpian un militar i una vieja que lo amenaza con una escoba. El vaiven del balancin equivale a las oscilaciones de una péndula. Precio, 6 pesos 50 centavos! Qué maravilla! ménos que un par de botines!

Aguardad; dejadme hablar a un amigo que viene a saludarme.

—¿Cómo va, Briebe?

—Perfectamente.

—Acabo de leer el prospecto de la publicacion en que Ud. toma parte.

—¿Sí? me alegro mucho. Hablando de otra cosa, usted tendrá cuadros en el salon de pinturas.

—Tengo dos. Están a la derecha, en el grupo de cuadros chilenos. Espero que Ud. no se olvide de ellos.

—Descuide Ud.

—Los cuadros son.....

Mi amigo se acerca a decirme al oido lo que yo callo por discrecion. Tengamos siquiera esta virtud, ya que nos falta la de la riqueza que es la que hoi en dia nos abre las puertas del cielo, por mas que haya una parábola del camello bastante explícita. A bien que los que mas la predicán son los que ménos caso hacen de ella.

Dejemos a un lado reflexiones tan desconsoladoras, i separémonos tambien del artista; de cuyos servicios no necesitamos por ahora; si bien mas adelante podrá darnos algunos datos de utilidad: los pintores i escultores, sea dicho

entre paréntesis, valen más como críticos de las obras ajenas, que como autores de las propias.

Adelante.

Pasemos por entre dos hileras de magníficos pianos.

Cuidado! no tropeceis en un pequeño estante de joyas, ni en la esbelta pirámide atestada de charoles, que están al medio.

Mirad ahí esa vidriera llena de navajas i corta-plumas de todas dimensiones. ¿Veis una con más de sesenta herramientas de variadas formas?

Pero eso no es nada: admirad los servicios de porcelana, que cubren las mesas de la derecha. Los hai de todos colores i distintos precios, según el número de piezas de que se componen. Los alemanes que os las muestran, están prontos a instruiros de cuanto les preguntéis. Tened la seguridad de que el precio que os designen será siempre inferior al que os habeis imaginado.

Hemos llegado al medio del salón i nos hallamos entre preciosas estatuas i jarrones de bronce, obras de arte que os sorprenden i deslumbran por su elegancia i valor.

Un gran órgano llena el salón con sus melodías, sin que persona alguna registre su teclado.

Ved ese candelabro.....

Pero hai tanta jente que no es posible fijar demasiado la vista en cada cosa: i ya os he prevenido que vamos a la lijera.

Mirad un poco el edificio: eso vale la pena. Las elegantes columnas, que dividen la sala del centro de las galerías laterales, soportan un segundo piso cuyos balcones dominan todo el recinto interior.

Los graciosos arabescos de colores que dibujan el techo i

paredes, os arrebatan la vista, no obstante las maravillas que teneis a vuestro lado.

De contemplar la arquitectura de la sala pasais a querer daros cuenta de la amplitud del palacio, pero eso es imposible, por más que os halleis colocado en el mejor punto de vista.

Divisais salones a uno i a otro lado; pero salones inmensos, más espaciosos que el que estais visitando.

Renunciemos por ahora a entrar a ellos; seria de nunca acabar, pues yo sé mui bien que en cada uno hai mil curiosidades que captivarian vuestra atencion a despecho de la voluntad.

Sigamos de frente para dar tan solo una vuelta por la sala de bellas artes.

Qué! os parais? ya se vé, es imposible dejar de echar una mirada a ese estante con preciosos vasos de metal i pedreria falsa, destinada al servicio divino. ¡Cien pesos aquella custodia! cuarenta el cáliz del lado!

Indudablemente los alemanes no ignoran que los obispos de nuestra tierra han ordenado a los curas el uso de metales ordinarios, para contribuir con el valor de los finos al sosten de un diario político.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que los místicos objetos son un trabajo esquisito de gusto i elegancia.

Entrais a la sala del fondo, adornada con algunas estatuas de brea, que en otras circunstancias os llamarian la atencion; pero no ahora que os encontrais solicitados, al frente por una ancha escala de mármol i a los lados por las galerías de bellas artes.

Tomais a la derecha, i desde luego os asusta la cantidad

enorme de cuadros que tapizan las paredes: hai para muchos dias de contemplacion.

La jente se agolpá con mas interes a la pintura nacional, i aunque es verdad que ois decir:—«Los extranjeros se han quedado atras en pintura,» no acepteis el aserto tan a la lijera: hai mucha parte de egoismo en eso.

Para otra ocasion que destinarémos esclusivamente al asunto, nos detendremos al frente de cada cuadro el tiempo necesario para ensayar su estudio. Por ahora, solo en prueba de que no me falta razon, os diré:

—Tened presente «*Los últimos instantes de Carrera*» por Blanes. Hoi está mal colocado; pero ya lo vereis en otro lugar que se le destina.

Esto por lo que hace a cuadros históricos, i sin perjuicio de que podais lisonjear vuestro orgullo con un paisaje de nuestro amigo A. Smith: *puesta de sol en las cordilleras de Peñalolen*, único que ha presentado, corroborando así el dictado de poltron que no ha mucho le lanzaron por la prensa al recordar que sus trabajos encontraban fácil i buena acogida.

Pero no os distraigais mucho en su contemplacion: sucede que uno se estasia, i preocupado solamente de penetrar con la vista por entre los árboles, sin encontrar límites al paisaje, se mueve a un lado i a otro i corre el riesgo de estrellarse en una escultura.

Esto os hace recordar que teneis un jénero distinto de encantos para la vista: los mármoles.

Al fin de la sala veis un precioso grupo: *El globo de jabon*, de Barcaglia: dos muchachos que juegan con la mayor naturalidad: el uno forma un globo soplando por una caña i el otro pretende cojerlo en el momento que va a despren-

derse. La sonrisa del primero i el afan del segundo no os dejan nada que desear.

Por lo demas, la postura de ambos, la delicadeza de sus formas i la belleza de sus facciones completan la bondad del trabajo.

No mui léjos veis un niño en camisa: *La plegaria forzada* de Guarnerio. Basta verlo de pié, con la cara preciosamente aflijida, dos lágrimas en las mejillas i las manos juntas, para comprender que el artista ha elejido el momento en que la madre, al acostar al niño, lo obliga a recitar una oracion, quizás *el bendito*. Hai *puçheros* mejores que ese, pero mui pocos, i nó en el mármol.

En esa misma fila de esculturas teneis *La Mariposa*, de Barcaglia: es un niño que se empina por atrapar una mariposa al vuelo. Hai tanto gusto en esta estatua, como en la primera del mismo autor.

I a propósito, no podemos ménos de traer a la memoria, lamentando que no figure en la esposicion, *La vergonzosa* del mismo Barcaglia, primorosa obra que muchos han podido admirar en el café del Teatro municipal, i que, como es sabido, recibió *su bautismo de sangre* en la trájica noche del asesinato de Oswald.

Pero, a un lado recuerdos lúgubres i contentaos con otra obra de Barcaglia, no de tanto mérito como la anterior, pero que figurará bien a su lado: *El valor civil*. Es una jóven que se asusta de un ratoncito. Levanta con gracia la falda del vestido, descubriendo una bien torneada pantorrilla, i en su rostro está pintado el espanto, sin que por esto se descompongan sus facciones hasta el punto de desagradar. Por el contrario, inspiran simpatía, i un profano a quien cautivase mas la belleza que el arte, se sentiria tentado a ir en

ausilio de la joven para darle lugar a que corrija el descuido de descubrir su seno por atender a tan inofensivo bicho.

Sucede con esta estatua que muchas señoras apartan su vista de ella en cuanto notan la última circunstancia. ¡Quizás se figuran que los hombres dan a ella un valor distinto del que el arte permite! Pudiera ser: respetemos su pudor!

Sin embargo, yo aseguro que no he visto pintarse en el semblante de ningun hombre la menor expresion de malicia al contemplar a la *Venus bagnante*, situada casi enfrente del *Valor civil*. Estatua completamente desnuda, copia de la que existe en el Vaticano, de formas purísimas, i en una actitud tan púdica, que no se la tomaria por una Venus si el rótulo colgado al pié no lo dijera.

Demos ahora una sola mirada a una graciosa *Lavandera*, de Ubaldi, que con sus vestidos remangados hasta la rodilla i la camisa caída hasta la cintura, estruja el lienzo que tiene en las manos. Solo quisiéramos ver pintarse mejor en su rostro el débil esfuerzo necesario para esprimir bien el agua, i el encanto seria completo.

Detengámonos un solo instante al salir de la galería por donde mismo entramos, para admirar la naturalidad de aquel grupo formado en esquisito mármol: un águila devorando a un ciervo. Contrista en verdad, el ver a éste abrir el hocico i echar fuera la lengua al sentir el poderoso pico del águila hincarse en su garganta; se siente, por decirlo así, el lastimoso jemido de la víctima.

Apresurémonos. ¿No ois lo que hablan esas jóvenes que están junto a nosotros?

Pues prestad atencion.

—Créame, papá: hoi es el último dia en que se exhiben caballos. ¿No es verdad, Julia?

—Asi nos dijo anoche Alberto.

—I tambien dijo que hoi paseaban a los caballos premiados.

—Tiempo hai, hijas mias, para ver todo eso.

—Pero, papá, se nos pasa aqui el dia i no vemos lo principal.

¡Horror! los caballos considerados como el espectáculo mas importante! i esto en boca de uua linda joven de quince años!

Guardémonos de contradecirla; bien sabeis que en el dia se cruzan dos coches, i las familias que van en ellos dejan de saludarse por ver los caballos que las conducen.

Entre tanto las dos jóvenes se van con su padre, habiendo logrado persuadirlo de que donde hai caballos que ver, lo demas no vale un ardite.

Vámonos tambien nosotros para no ser ménos, que es ridículo no tener las mismas aficiones que la jeneralidad de las jentes.

Salgamos por las puertas del fondo: pues os costaria volveros por donde vinisteis, a causa de la mucha concurrencia.

Teneis al frente el gran anexo: espaciosos salones que ocupan casi tanto terreno como el gran palacio.

Los veremos otro dia: es preciso no perder la exhibicion de caballos.

Torzamos a la derecha.

¡Hola! aqui es necesario hacer un pequeño alto.

Nadie pasa por una *sodería* sin saludar a las graciosas francesitas que espenden la soda.

La hai de cuanto Dios creó: de naranja, de cidra, de limon, de chocolate, etc. I toda se fabrica en un mismo apa-

rato colocado sobre el mostrador: es un elegante mueble de cristal i plaqué, dentro del cual se sieute hervir el refrescante líquido. Pedis, i al punto la mano de la espendedora se apoya en la llave que tiene el rótulo de lo que habeis pedido. Un espumoso chorro llena el vaso, i estais servido.

Mientras bebeis, dirijis vuestros piropos a las francesitas: no hai temor de que se enojen, ni de que se nieguen a admitir lo que querais regalarles; son mui amables!

Abur! Seguirémos por el costado poniente del palacio, para atravesar los jardines orillando el lago, que ya divisamos.

Tenemos a la izquierda la galería de las máquinas: el inmenso ruido de todas ellas moviéndose simultaneamente llega hasta nosotros. Pero no hai que abandonar nuestro programa: esa seccion necesita consagrarle un dia. Contentaos ahora con divisar aquella enorme mole de agua levantada por una bomba. En verdad que es imponente. Cuando la veamos de cerca, estudiaremos el mecanismo.

La galería de máquinas termina donde principia el anexo belga.

Dejamos ahora a nuestra derecha el pabellon de los festivos. Aun no principian a tocar las bandas de música; tenemos tiempo para llegar al anexo de los animales, verlo despacio i volver a ocupar un lugar en el tonel de Schrader. Desde ahí se ve todo, i la música se oye mejor a la distancia, que en el mismo pabellon en que la tocan.

Dejemos que la jente se agolpe en él i se dé un planton de dos horas: cosa sabida es que en Chile toda funcion principia una hora despues de la en que se anuncia.

Nos encontramos a la orilla del lago, pero hai otra cosa que por el momento nos llama la atencion: un pequeño con-

servatorio a cuya entrada hai una fuente en miniatura. Un caracol, una rana, un lagarto i otras sabandijas escondidas entre el cesped, arrojan el agua en delgados chorros dentro de la fuente, formando algo como un combate con los surtidores del centro.

Os deleitais ahí un instante, i luego entráis al conservatorio. Entré numerosas i elegantes flores exóticas, que seria largo enumerar, no podeis ménos de hacer una detencion mas prolongada delante de los estanques de cristal en que nadan vistosos pececillos tornasoles, que muerden, sin hacer caso de vuestra presencia, los delgados tallos de musgo pendientes al borde del receptáculo.

Otra cosa os detiene tambien: una fuente de sobremesa, cuyos finos surtidores imprimen al agua caprichosos jiros. Con ellas i las plantas que la rodean, podriais formar un parque en miniatura dentro de vuestra misma alcoba.

Salis del conservatorio con el corazon satisfecho de haber visto mas de lo que os figurabais: ni aun os llama la atencion el ver como los paseantes en bote reman por el lago.

Seguid costeándolo hasta llegar a la Patagona: el pabellon de refrescos de que os he hablado. Dentro de él se siente tocar un piano mecánico.

Podriamos gozar de todo a la vez: oir la música, tomar una copa de helados i divisar el lago en toda su estension, hasta mas allá del puente, hasta las mismas cascadas por entre cuyas vertientes de agua distinguis profundas grutas en que ya os parece ver asomar la cabeza de un triton o el seno de una náyade.

Marchemos, no obstante; i pasando por junto al Cosmopolita, que tambien os tienta con sus elegantes mesas de

mármol i esmerado servicio, sigamos la avenida norte, bordada de setos de rosales a ambas orillas.

¿Apresurais el paso?

¡Ah! es porque divisais mucha jente hácia ese lado.

Los caballos, pues! son ellos los leones del día! como dijo con mucha verdad un amigo nuestro cuyo busto en relieve os haré ver otra ocasion que me acompañeis a la galèria de bellas artes.

Pero me he equivocado: por fuerza tenemos que hacer una estacion antes de llegar al anexo de los animales.

¿Cómo no detenernos en esa hermosa plazoleta, donde todos hacen alto, unos para tomar parte en los diversos juegos que se os ofrecen, otros para aplaudir o simplemente mirar, i en fin, los que nó, para tomar una copa en el Chalet de Mr. Oddo, que es el que está al frente?

¿Me preguntais que significan esos dos letreros que dicen *TIR*, colgados en los árboles a la entrada de la plazoleta?

Aun sabiendo frances no os dariais cuenta de lo que anuncian, si no vierais aquel otro del lado izquierdo, que dice: TIRO AL BLANCO Es una muestra de letreros a la chilena.

Ya comprendeis: se trata de un tiro de pistola que está al fin del sendero de la izquierda; allá léjos, mas allá de aquel rebaño de alpacas i vicuñas que ramonean el pasto tranquilamente, mui ajenas de la peligrosa vecindad en que se hayan: i del alborozo de las jentes que nos rodean.

Pero ¡qué diablos! los letreros *TIR* nos han distraido de lo principal: *el carrousel*.

Ved ese pabellon jiratorio de vistosos colores, que semeja un gran paragua abierto, de cuyas varillas pende un cente-

nar de caballitos de madera, cochecitos de dos asientos, hamacas etc.

La jente, hombres, mujeres i niños, se precipitan a ellos: cada caballo recibe su jinete, mediante un escote de diez centavos, que paga el último por cierto. Ocupados todos los asientos, suena un organillo oculto bajo cortinas lacres en el centro del pabellon, i un rocín que gana su vida mejor que un novelista, pues la gana a son de música, principia a dar vueltas al rededor del órgano arrastrando consigo a todo el pabellon con su elegante cohorte.

Hé ahí como todos jiran en vertijinoso remolino, i pasan como una exhalacion por delante de la apiñada multitud, que rie de la actitud grotesca de unos i aplaude la habilidad de otros.

¿Habilidad he dicho? pero no os he explicado aun: vais a ver en que consiste.

Cada jinete del círculo exterior recibe un pequeño florete destinado a ensartar los anillos que penden de una tabla, a la orilla del pabellon.

Es de ver el afan con que cada jinete, al pasar frente a la tabla, tira su estocada a los anillos.

Aguardad! aquella señorita ha perdido su florete en una estocada en falso.

Yo no puedo dejar de ser galante con una hermosa jóven. Voi a darle un florete a la pasada.

¡Ahí viene! esa es! la del sombrerito de pastora!

—Tome usted, señorita!

Vió mi ademan, pero no alcanzó a recibir el florete.

A la otra vuelta.

Ya está!

¡Qué linda es! me ha dado las gracias con una sonrisa.

mármol i esmerado servicio, sigamos la avenida norte, bordada de setos de rosales a ambas orillas.

¿Apresurais el paso?

¡Ah! es porque divisais mucha jente hacia ese lado.

Los caballos, pues! son ellos los leones del día! como dijo con mucha verdad un amigo nuestro cuyo busto en relieve os haré ver otra ocasión que me acompañeis a la galería de bellas artes.

Pero me he equivocado: por fuerza tenemos que hacer una estación antes de llegar al anexo de los animales.

¿Cómo no detenernos en esa hermosa plazoleta, donde todos hacen alto, unos para tomar parte en los diversos juegos que se os ofrecen, otros para aplaudir o simplemente mirar, i en fin, los que nó, para tomar una copa en el Chalet de Mr. Oddo, que es el que está al frente?

¿Me preguntais que significan esos dos letreros que dicen TIR, colgados en los árboles a la entrada de la plazoleta?

Aun sabiendo frances no os dariais cuenta de lo que anuncian, si no vierais aquel otro del lado izquierdo, que dice: TIRO AL BLANCO Es una muestra de letreros a la chilena.

Ya comprendéis: se trata de un tiro de pistola que está al fin del sendero de la izquierda; allá lejos, mas allá de aquel rebaño de alpacas i vicuñas que ramonean el pasto tranquilamente, mui ajenas de la peligrosa vecindad en que se hayan i del alborozo de las jentes que nos rodean.

Pero ¡qué diablos! los letreros TIR nos han distraído de lo principal: *el carrousel*.

Ved ese pabellon jiratorio de vistosos colores, que semeja un gran paraguas abierto, de cuyas varillas pende un cente-

nar de caballitos de madera, cochecitos de dos asientos, hamacas etc.

La jente, hombres, mujeres i niños, se precipitan a ellos: cada caballo recibe su jinete, mediante un escote de diez centavos, que paga el último por cierto. Ocupados todos los asientos, suena un organillo oculto bajo cortinas lacres en el centro del pabellon, i un rocín que gana su vida mejor que un novelista, pues la gana a son de música, principia a dar vueltas al rededor del órgano arrastrando consigo a todo el pabellon con su elegante cohorte.

Hé ahí como todos jiran en vertiginoso remolino, i pasan como una exhalación por delante de la apiñada multitud, que rie de la actitud grotesca de unos i aplaude la habilidad de otros.

¿Habilidad he dicho? pero no os he explicado aun: vais a ver en que consiste.

Cada jinete del círculo exterior recibe un pequeño florete destinado a ensartar los anillos que penden de una tabla, a la orilla del pabellon.

Es de ver el afán con que cada jinete, al pasar frente a la tabla, tira su estocada a los anillos.

Aguardad! aquella señorita ha perdido su florete en una estocada en falso.

Yo no puedo dejar de ser galante con una hermosa jóven. Voi a darle un florete a la pasada.

¡Ahí viene! esa es! la del sombrerito de pastora!

—Tome usted, señorita!

Vió mi ademan, pero no alcanzó a recibir el florete.

A la otra vuelta.

Ya está!

¡Qué linda es! me ha dado las gracias con una sonrisa.

¡santo Dios! ha pescado el último anillo con el florete ofrecido tau oportunamente!

Dejadme aplaudirla, i vámonos.

Cojido el último anillo, el órgano para; i el rocin, que sabe su oficio mejor que un chantre de la catedral, detiene también su paso, sin que nadie se lo advierta.

Los jinetes se apean i dejan su lugar a otros.

Nada más tenemos que hacer, si no es dar por mi parte, una ligera mirada a la pastorcita del último anillo, que se aleja sonriendo aun de la oportunidad con que la serví.

Vamos ahora a los caballos: no entreis al Chalet de M. Oddo, porque está atestado de jente; ni paseis a echar una suerte a la *rueda de la fortuna*, detras del *Carrousel*, por que eso se hace cuando hai más tiempo.

Os prometo llevaros.

Reíos si un tantico de esos tres habiecas que se mecen con tanta gravedad en los columpios de la gimnástica, frente al *Carrousel*. Parece que están haciendo la obra más divertida del mundo i que todos admiran su agilidad para... columpiarse.

Cada uno con sus gustos. ¿Quién nos asegura que nosotros no vamos a hacer una zoncera mayor en pasar media hora admirando caballos?

Demos vuelta por detras del Chalet.

Ya estamos en el anexo de los animales: una hermosa i triple avenida de enormes pinos que entremezclan su ramaje a considerable altura, i forman una tupida bóveda que intercepta casi por completo los rayos del sol.

Es un poético lugar: divisais al fin de la avenida otra plazuela como la que habeis dejado a vuestra espalda, i más léjos, la antigua laguna del jardín botánico, que también

tiene sus botes, a más de su isla, sus sauces i el fatídico recuerdo de haber causado la muerte a dos hijos de caciques de la Araucania, que en paz descansen, ya que vivos no la tienen con nadie.

Los establos de los animales se extienden a ambos lados de la avenida de pinos, que es bastante larga. Cada caballo tiene su local separado i su *ayuda de cámara*.

Ya lo veis; no se trata de bichos insignificantes.

El ayuda de cámara no está jamás ocioso: cuando no prepara o sirve la comida a su amo, lo cepilla o le espanta las moscas; esto, aparte de las horas en que lo saca a paseo, que están reglamentadas en este local, i de las en que se recojen ciertos desperdicios que no figuran en el catálogo de la Exposición.

Mirad como los curiosos se agolpan a las pesebreras de los caballos premiados i pasan horas de horas contemplando sus formas i embelesados con sus movimientos.

Hai quienes la echan de conocedores, i pregonan las cualidades de cada caballo ante una docena de curiosos que los escuchan como a un oráculo.

Acerquémonos a aquella pesebrera cuya puerta se halla atestada de jente. ¿Por qué se agrupan i se disputan la entrada con tanto empeño? Debe tratarse de alguna notabilidad caballuna.

En efecto, *My lord* es un hermoso potro tordillo, animal de noble raza i de proporciones gigantescas. Es lo más sobresaliente entre caballos de tiro pesado. ¡Qué corpulencia! ¡qué patas! La circunferencia de una herradura no es más chica que la de un plato de mesa. Calculad por ahí lo demás. Con razón la jente se estasia admirando sus formas en jeneral, i cada una en particular.

Pero, haceos a un lado: dad paso a dos señoritas que pugnan por entrar. ¡I qué preciosas son!

¡No miran a nadie! solo tienen ojos para *My lord*, que se deja admirar con toda la flema de un verdadero inglés.

—¿Qué caballo es este? pregunta una de las jóvenes a su compañera, la cual va provista de un catálogo.

La interpelada registra i lee a media voz:

«Núm. 45.—*My lord*, potro tordillo, nacido en Inglaterra el año 1867, perteneciente al señor José Toribio Larrain P.—Véase el aviso al fin del catálogo, páj. 21.»—Veamos el aviso, le dice la otra con gran interes.

Tiene razon, es preciso leer todo lo que se diga de ese hermoso animal.

La preciosa rubia hojea nuevamente el catálogo, buscando la página indicada, i al fin lee:

«Desde el 1.º de noviembre se abre la temporada de monta de los potros Caracoles i My lord. Precios: Caracoles 50 pesos; Mylord 30.»

Las dos jóvenes se miran, se encojen de hombros i se sonrien.

O no han comprendido, o han comprendido demasiado.

Pero no: ved la inocencia con que se acercan al papá a mostrarle el aviso para que lo explique.

¡Qué desgracia no poder acercarnos tambien! Habria deseado oír las esplicaciones del papá: ver como se maneja para salir del paso sin alarmar la cándida imaginacion de sus hijas.

Pasemos a otras pesebreras.

¡Qué hermosas yeguas! a cual mas grande, a cual mas bien formada.

Son tantas, que la jente se contenta con pasar delante de

ellas lanzando alguna frase de admiracion. Solo se detiene ante las notabilidades.

Allá está *Caracoles*, potro mulato de tiro ligero; primer premio. Una nube de admiradores lo rodea.

Igual cosa sucede con *By-the-sea*, el príncipe de las carreras; con *Fanfarron*, padre de una numerosa prole; con *Landmark*, descendiente de una brillante estirpe i en fin, con varios otros personajes cabalgares que despiertan la admiracion i quizá la envidia de los paseantes.

¿La envidia?

Justamente; i si Iriarte hubiera vivido en nuestros tiempos, no habria puesto en boca de un asno melancólico aquella sentida exclamacion:

«¡Ai, quien fuera caballo!»

Asnos hai en dos pies que envidian la suerte de *Caracoles* solo a causa del aviso puesto al fin del catálogo.

I a propósito de burros ¿será posible que no hablemos nada del Rei de Aragon i la reina de Zaragoza, dos preciosos ejemplares de la raza asnal, «los mas adornados que en mi vida he visto», ostentando sendos penachos i vistosos colgajos con la seriedad característica de la especie?

Ambos son españoles.

Hé ahí a la España dignamente representada en el gran torneo de la civilizacion.

Dos reflexiones se ocurren al contemplar la famosa pareja de pollinos.

Su corpulencia os hace decir con fundada razon: Los jumentos de España son mas grandes que los de Chile!

I sus nombres, *Rei de Aragon* i *Reina de Zaragoza*, os dan pié para exclamar: A tales reyes, tales vasallos!

Por lo demas, la *Reina* no ha olvidado los ceremoniales

de la corte, que le prescriben verificar públicamente sus alumbramientos, así fué que elijó uno de los días de su exhibición para dar a luz un príncipe, que se ostenta a su lado, tan ufano de sus tres días de existencia, como de su pujanza el invicto *Rei de Aragon*.

Háblase en el catálogo de otro pollino, denominado *Angel Pitou*, el cual brilla por su ausencia.

Pero, basta de animales; volvamos sobre nuestros pasos; es decir, desandemos lo andado.

Pasaremos otra vez por entre el *Chalet* de Mr. Oddo i el *Carrousel*.

¿Quereis comer algo?

Pero se nos hace tarde para oír el festival.

Ademas, el chalet de Mr. Oddo está lleno, i es fama que cuando tal sucede, doblan los precios de los artículos.

Para seros útil, os daré un consejo: cuando querais comer en el parque de la Esposicion, idos al Cosmopolita. Os lo digo con esperiencia: ahí encontrareis una buena mesa bien abastecida i delicadamente preparada; no se desobedecen las órdenes del directorio en cuanto a tarifa, pues se os cobra como en los hoteles de la ciudad; i lo que es mas agradable, podeis elejir entre comer en un elegante salon o en una plazoleta formada por grandes árboles, cuya deliciosa sombra os encanta. Remojais la comida con un buen Jerez, la coronais con excelente Champagne, i os vais pasmados de que vuestro bolsillo no haya sufrido gran merma.

Mas, ahora no se trata de comer; dejemos el Cosmopolita a nuestra derecha, i por un hermoso sendero que corre al lado de un trigal artísticamente dividido en cuadros, nos dirijimos al famoso tonel.

Ya estamos al pié.

No nos detengamos mucho en admirarlo: pareceríamos una fila de botellas colocadas al lado de una gran cuba; pues tal es la proporcion que, en cuanto a tamaños, media entre el tonel i nosotros; sin contar con que el maldito sombrero de moda semeja, a la distancia, la figura de un corcho sobre el cuello de una botella.

Por el lado ménos visible del tonel, está la escala que conduce a los pisos superiores.

No sé si os he dicho que este peregrino edificio consta de tres pisos. Démoslo por dicho e imaginaos un barril cuyo vientre se haya repleto de seres humanos, pero no aprensados como las anchoas en un frasco o las beatas en una iglesia; nó, con mas decencia; como los zánganos en una colmena sin abejas.

I la comparacion no puede ser mas exacta: todos ahí no son mas que unos verdaderos zánganos que chupan empeñosamente la miel trabajada por las abejas de Valdivia.

La escala de que os he hablado solo llega por afuera hasta la parte media del tonel: ahí entrais i os hallais en plena asamblea.

Diez o doce mesas atestadas de zánganos ocupan la circunferencia del piso; en el centro teneis la escala que continúa hasta la cubierta superior del barril.

Vamos arriba: no comprendo que haya jente que prefiera beber encerrada, pudiéndolo hacer al aire libre.

Veinte tramos, i estamos sobre el tonel. Un toldo de tela nos defiende de los rayos del sol.

Sujetaos el sombrero, no sea que el viento os lo arrebatte.

Proporeionémonos un lugar entre los cincuenta parroquianos sentados a las mesas.

Aquí hai sillas.

—¡Mozo! a ver un *bock*.

En dos segundos se os destapa una botella de cerveza doble de Valdivia, marca rei Cambrino, i su contenido pasa a ocupar dos vasos de cristal con tapa de plaqué, antesala necesaria para pasar al estómago del consumidor.

Pero ¡qué deliciosa vista!

Os volveis a todos lados, i vuestros ojos no se cansan de admirar.

Los bosquecillos, los ramosos árboles; los jardines a la inglesa con sus caprichosos senderos; las cristalinas aguas del lago; las fuentes, los kioskos i pabellones sembrados acá i allá; la suntuosa fachada del palacio; la gran avenida de los anexos que termina a lo lejos en un modelo de casa para colonos; del otro lado el pabellon belga, su elegante casa de fierro i mil otras cosas que arrebatan vuestras miradas: todo ese armonioso conjunto de maravillas os deslumbra, os estasia, os abrumba de emocion.

Agregad ahora la multitud de paseantes que puebla las avenidas, los vistosos colores de las damas, el movimiento, la animacion por todas partes, i los acordes de la música, que en alas del viento llegan a vuestros oidos prestando a todo un májico encanto.

—¡Divino! esclamais.

I volviéndoos a vuestros amigos, arrebatado de entusiasmo, honrais el licor del rei Cambrino invitándolos a una suprema libacion. Suprema, porque todo es sublime cuando el corazon se halla henchido de gozo.

Mirais en seguida a los que os rodean, a los que como vosotros (como nosotros diré, pues yo estoi a vuestro lado) ocupan un lugar en las mesas del tonel, i admirais la alegría, el bullicio, la animacion de todos.

—Ved como piden empeñosamente:

—Un queso suizo!

—Un jamon!

—Tres bock!

I los mozos, listos a cada demanda, corren, van i vienen, repiten escala abajo, como un eco, los pedidos de los consumidores, destapan botellas incesantemente, i la cerveza i los comestibles se convierten en sus manos en argentinas monedas que al fin de la jornada harán las delicias del que concibió la idea del estupendo tonel.

¡Atencion! mirad abajo: principia el paseo de los caballos premiados por las avenidas de los jardines.

Cada caballo trae su *escudero*, que lo guía del diestro, i lo acaricia para calmar sus bríos.

Ved aquel otro que se encabrita, i hace perder su sombrero de pelo al ingles que lo conduce.

Diablo! hace viento i el sombrero rueda hasta la orilla del lago, en donde coje un baño ántes que un oficioso haya alcanzado a impedir la catástrofe.

¿Qué es aquello que se divisa por allá?

Las yeguas premiadas.

Se las pasea por donde los potros no puedan verlas, a respetable distancia.

Me parece mui bien: con estos animales es preciso que rijan las costumbres que en otro tiempo se aplicaban a la humanidad.

¿Qué potro es aquel que trae dos *escuderos*? o es algun gran personaje, o su jenio díscolo aconseja tal precaucion.

Pero es un lindo i enorme animal que despierta la admiracion de los que lo ven.

Hola! allá, cerca del pabellon, sucede algo: la jente corre; hombres i mujeres huyen a refugiarse dentro de él.

No es nada: un potro que se ha asustado con el estruendo de la música; los caballos son poco filarmónicos. Ya se ha aquietado, i las damas vuelven con gran empeño a contemplarlo.

¡Ya quereis bajaros del tonel, lector amigo!

No es posible: la cerveza abre el apetito. Preciso es que comamos una tajada de jamon o de salchichon antes de irnos. Rociaremos el bocado con otro *bock*, i asunto concluido.

Las bandas de música se van, la jente principia a retirarse.

—¿Qué horas son?

—Las cinco!

—¡Oh! cómo se nos ha ido el dia!

¡Fugit irreparabile tempus!

¡I no hemos visto casi nada!

Otro dia será: la Esposicion necesita visitarse muchas veces. Quien va una vez queda con mas deseos de volver que antes de conocerla.

¿Quereis saber por qué?

Porque cuanto oigais decir de ella no os da ni una pálida idea de lo que en realidad es.

Salgamos de tanto encanto.

Si no teneis coche propio, tomad uno de posta que os romperá las costillas, o esperad una hora las *transvias* del ferrocarril urbano, pues jamas los hallais a tiempo.

Esta es cosa que sucede no solamente en la puerta de la Esposicion sino en cualquiera parte de la linea i todos los dias.

Cuando pasa un carro, van tres o cuatro en pos; media hora despues, cuando ménos, veis pasar otro convoi semejante o mas numeroso, i así en jeneral.

La empresa culpa a los caballos, i el público a la empresa. De todo esto lo único que se saca en limpio es que el ferrocarril, siendo *urbano*, carece de urbanidad con el público.

Pero esto nada tiene que ver con la Esposicion, i hemos concluido.

2.ª VISITA.

Os he burlado, lectores míos: he faltado a mi promesa de volver con vosotros a la Esposicion.

Pero os daré mis excusas.

Creedme, he tenido un compromiso: me he visto en el caso de acompañar ayer a la familia de un amigo; i he hecho con ella la visita que debía haber hecho en vuestra compañía.

Con todo, os aseguro que eso no me pesó. Ni aun os he echado de ménos.

I esto es mui razonable, desde que, con vosotros, tengo yo solo que hablármelo todo, al paso que con amigas... Ya comprendéis, la cosa cambia de aspecto.

Tocóme, por fortuna, una buena compañera: linda, graciosa i habladora.

Mi amigo i su esposa; la suegra de él i otro caballero, formaban parejas a nuestra retaguardia.

No iban las señoras por primera vez; pero yo hacia de *ciceroni*, como mas conocedor del terreno.

Un dia jueves vale mas que un dia domingo para el que quiere ver los objetos de la Esposicion con preferencia a la jente que concurre a ella, los jueves hai ménos paseantes i se anda con calma.

Desde luego, nos dirijimos al palacio, a cuya entrada encontramos la gran estátua de bronce que debe colocarse sobre el frontis del edificio.

Hace dias que permanece ahí, forrada en una burda tela, i atada con los cables destinados a izarla. Se ha ensayado el hacerlo, pero la obra parece de romanos, pues aun no se ha conseguido moverla del lugar que ocupa.

Mi graciosa pareja hubo de contentarse con admirar a *bulto* las colosales proporciones de la estátua.

Entramos, i las melodías de un piano de Kaps encantaron nuestros oídos.

Tomamos por él a la derecha del gran salon, admirando los preciosos cristales i porcelanas de Alemania, que examinamos con una minuciosidad de interesados. Es de advertir que aquello vale la pena de verlo con detencion: jarros primorosamente labrados; elegantes poncheras; servicios para frutas, para té, para mesa; jardineras de variadas formas; en fin, un mundo de preciosidades que nos entretuvo un buen espacio de tiempo.

Mi festiva compañera tenia frases oportunas para cada objeto digno de atencion.

Detuvímonos sorprendidos ante un gran jarro de porcelana artísticamente labrado. Su figura, que es casi cilíndrica, no tiene nada de particular, pero sí su tamaño, pues tiene poco menos de una vara de alto i un pié de diámetro.

Por lo demas, examinando con atencion sus minuciosos relieves, no encuentra uno exajerado el precio de 100 pesos escrito en su tarjeta.

Continuamos por la galería, pasando por delante de grandes vidrieras atestadas, unas de juguetes para niños en que se ven las mas graciosas figuras, otras de cristalerías finas i de preciosas vajillas de plaqué, i otras en fin, de una variedad inmensa de artículos de quincallería.

Volviendo por la testera del salon encontramos aquel mismo estante de vasos sagrados que ya os mostré, lector mio, en nuestra anterior visita.

Mi compañera no pudo ménos de detenerse ante él; pero no a mirar los cálices i custodias, en las cuales bien poco fijó su atencion, sea dicho sin malicia, sino a examinar un rico aderezo de camafeos, colocado últimamente al pié de la gran custodia, como para rendir culto a la divinidad con los atavíos de la hermosura.

Las piezas del aderezo, cuyo precio total es de 10 mil pesos, fueron examinadas una a una por mi curiosa pareja: collar, diadema, peinetas, alfileres para la cabeza, pendientes, prendedores, broche para el reloj, pulsera i anillos, todo cayó bajo su inspeccion, hasta que le observé que una jóven cargada con todas aquellas joyas llevaria mas peso en su cuerpo que un caballero de la edad media armado de punto en blanco.

A lo que ella contestó con suma presteza:

—I sin embargo, la encontrarian *liviana*.

El acento particular que dió a la última palabra me hizo reir. I reflexionando al punto que la liviandad no solo podia tomarse como escasez de dote, sino tambien como lijereza de cascos, iba a pedirle esplicaciones, pero me distrajeron

los que nos acompañaban, invitándonos a pasar al salon de máquinas de coser.

Para ir allà, teníamos dos caminos, el de la galería de pintura o el salon de historia natural.

Prefirieron este último.

De paso, echamos algunas miradas a los esqueletos de animales, a pesar de que causaban cierto disgusto a Elisa, que así se llamaba mi compañera. Obliguéla, no obstante a detenerse ante los esqueletos de un toro i de un caballo observándole la sin razon de su repugnancia.

En seguida pasamos una lijera revista a las vidrieras. Elisa vió con satisfaccion las flores artificiales de un tamaño superlativo i cada una de las cuales puede descomponerse en multitud de piezas, para facilitar el estudio de la botánica: una fusia de un pié de largo, un pensamiento de media vara de diámetro; i mil otras flores perfectamente bien imitadas, con sus pétalos, estambres, pólen i cuantos órganos las constituyen.

Habria querido yo detenerme algun tanto en la seccion de anatomía, no porque sea aficionado al escalpelo, sino por mera curiosidad; pero Elisa hizo un jesto de horror solo a la vista de una cabeza humana, tambien artificial, despojada de la piel en todo un lado para dejar ver el cráneo, los músculos i arterias de la cara, la órbita del ojo, las quijadas etc.

El estante siguiente nos ofreció un espectáculo mas agradable a la susceptibilidad femenina: es la seccion de veterinaria. Diferentes miembros de caballos i bueyes, ya en sus formas naturales, ya sin piel, ya descarnado, muestran con exactitud lo que podria verse al hacer la autopsia de un animal.

Los ojos de Elisa se dirijieron por casualidad a un feto

representado en el vientre de la madre, i figurándosele algun animalito durmiendo en su madrigera, me pregunto con interés:

—¿Qué es aquello?

Busqué yo la mejor manera de contestarle, evitando el emplear palabras técnicas, que para el caso eran las mas groseras, i dije:

—Es un ternero ántes de nacer.

Por mas inocente que fuera mi frase, todo el interés de Elisa por el animalito dormido se desvaneció al punto, i siguió andando hácia el otro estante, en que se halla contenida la seccion de apicultura i sericicultura.

Una pequeña colmena; panales en su estado natural; abejas artificiales, de extraordinarias dimensiones i cuyos miembros pueden separarse unos de otros; reinas, zanganos, etc.; gusanos de seda de media vara de largo, que pueden abrirse como una caja, para observar sus órganos interiores i particularmente el aparato secreto de la seda; capullos de diferentes clases i varios otros objetos concernientes al ramo.

Nuestra vista se recreó en seguida en los estantes de frutas, perfectamente imitadas i de cuantas clases nos ofrece la naturaleza.

Antes de salir de aquel salon, echamos una ojeada a los estantes de libros que ocupan un extremo de él, i habiendo divisado las máquinas para ejecutar las cuatro primeras operaciones de la aritmética, nos acercamos a ellas.

El señor Raymond tuvo la amabilidad de hacernos ver la manera de manejarlas, ejecutándo algunas operaciones a nuestra vista.

Aquello es verdaderamente curioso.

No siguió

FIN TEXTO